

XV.

CICERÓN A L. PETO (1).

Año 707.

A dos cartas tuyas debo respuesta: la una recibí habrá tres días de mano de Zeto; y la otra me trujo el correo Filero. Por la primera me escribes cuán gran gusto te da el cuidado que yo tengo de tu salud; el cual huelgo lo tengas bien por entendido. Aunque yo te certifico que no lo puedes entender por carta tan por entero como yo lo tengo por la obra. Porque aunque entiendo que son hartos los que me honran y aman (porque no lo puedo decir por otro término), ninguno hay en todos ellos de quien yo más guste que de tí. Porque el ver que me tienes grande amor y que ya ha mucho tiempo que lo haces, y perseveras en hacerlo con mucha firmeza y constancia, es una cosa importante, y aun no sé si la más importante de todas; pero es cosa que también la hacen otros muchos. Mas el tener tú tantas partes para merecer ser amado, y el ser tú de un trato tan dulce y tan gustoso en toda manera de buena conversación, eso es cosa propia tuya. Hay, demás de esta, otra razón para que yo te quiera mucho, que son tus muchos donaires y gracias verdaderamente romanas y antiguas, que

(1) L. Peto es persona desconocida. Las cartas de Cicerón indican que era un epicúreo instruido y de regocijado espíritu. En estas cartas se encuentran muchas de las frases ingeniosas de Cicerón que tanta fama tuvieron en la antigüedad.

aunque no son de aquellas de Atenas, son muy cortesanas y muy más sabrosas que aquéllas. Y yo (tómalo á la parte que quisieres) gusto más que de todo lo del mundo de donaires, en especial de los que son propios nuestros; y mayormente cuando veo que primero nos los enlodaron los Latinos cuando en nuestra ciudad se mezcló la gente forastera, y ahora nos los han acabado de poner de lodo los Franceses que calzan bragas, y las naciones transalpinas (1), de tal manera, que ya no nos queda ni aun un rastro de aquella sal y gracias de nuestros pasados. Y así cuando te oigo hablar, me parece que oigo (hablando de veras) á todos aquellos Granios (2), Lucilios, Crasos y Leliés. No viva yo, si fuera de tí hallo otro en quien pueda echar de ver alguna muestra y retrato de aquella nuestra antigua y natural cortesanía. Juntándose, pues, con estos tan sabrosos gustos aquel amor tan grande que me tienes, ¿de qué te maravillas que yo me haya alterado tanto por una tan grande quiebra en tu salud?

Cuanto á la disculpa que en la segunda carta me das, diciendo que tú no me desaconsejaste el comprar la casa en Nápoles, sino que me diste por consejo que me estuviese quedo en Roma, yo también lo entendí de esa manera. Pero entendí por aquella carta lo mismo que entiendo también por ésta, que tú tienes por cierto que yo no podré descabullirme ni desenredarme de las cosas de Roma, como yo pensaba, no solamente sacudiéndome de ellas del todo, pero ni aun en parte. Y tráesme por ejemplo á Catulo y á los demás de aquel tiempo. ¿Qué tiene que ver esto con aquello? Entonces ni aun á mí no me daba gusto el estar mu-

(1) Los Galos de la Galia transalpina.

(2) Granio era un pregonero famoso por sus dichos.

cho tiempo fuera del hacer centinela á la República. Porque estábamos entonces en popa y teníamos la mano en el timón; pero ahora apenas hay para nosotros lugar en la sentina. ¿Piensas tú que por estar yo en Nápoles se harán menos estatutos en el Senado? Con estar yo en Roma y frecuentar las audiencias se hacen estatutos en casa de César, tu amigo y familiar mío. Y cuando le parece, asienta que yo me hallé en el firmarlos; y antes entiendo que ha volado el estatuto á Armenia y á Siria, hecho conforme á mi parecer, según ellos dicen, que entienda haberse hecho mención ninguna de tal estatuto (1). No querría que pensases que esto lo escribo por donaire. Yo te aseguro que reyes de allá de en cabo el mundo me han escrito cartas dándome las gracias de que yo con mi parecer y voto los había llamado reyes; los cuales yo no solamente no sabía que los hubiesen llamado reyes, pero ni aun si eran nacidos en el mundo. ¿Qué se ha de hacer, pues? Mientras aquí estuviere este nuestro maestro de costumbres (2) haré lo que aconsejas. Mas en irse de aquí, luégo volaré á comer de tus hongos. Si tuviere casa, gastaré en diez días lo que la pragmática de los gastos da licencia de gastar en uno. Y si no hallare aposento que me agrade, tengo determinado de echarme en tu casa; porque entiendo que el mayor placer que te podré hacer es éste. Ya tenía perdida la esperanza de comprar la casa de Sila, como por esta postrera carta te escribí; pero en fin no la he perdido

(1) César fingía consultar á los senadores, y daba decretos suponiendo que era de acuerdo con ellos, para que los ignorantes creyeran que continuaban en vigor las instituciones republicanas.

(2) César se había hecho nombrar prefecto de las costumbres por tres años, y al volver de la guerra de África publicó una ley suntuaria, que es la pragmática á que Cicerón alude en seguida.

del todo. Mucho querría la hicieses reconocer á oficiales, como me lo escribes; porque si las paredes y cubiertos están seguros, en lo demás bien me eparecerá. Ten salud.

XVI.

CICERÓN Á PAPIRIO PETO.

Año 707.

Tu carta me ha dado gran contento; en la cual sobre todo hepreciado mucho aquel amor que me muestras tener, el cual te movió á escribirme, temiendo que Silio con aquellas nuevas me habría puesto en algún cuidado, aunque ya sobre ello me habías tú escrito una carta duplicada, de tal manera, que eché bien de ver lo mucho que te habías alterado, y yo también te respondí con la mayor curiosidad que pude pára librarte de ese cuidado, ó á lo menos aliviártelo de la manera que mejor pudiese en semejante caso y tiempo. Pero pues aun en esta postrera carta me significas el mucho cuidado y pena que este negocio te da, ten esto por cierto, amigo Peto: que todo lo que con maña se ha podido hacer (porque ya no basta el consejo para regirnos, sino que habemos de buscar nuevas invenciones y artificios), pero, en fin, todo lo que se ha podido procurar y hacer para ganarles á éstos la boca y voluntad, lo he alcanzado ya con mucha diligencia, y á lo que entiendo, no sin gran fruto. Porque los que César ama tienen tanta cuenta conmigo y me tienen tanto respeto que tengo por cierto que me tienen amor. Por-

que, aunque con mucha dificultad se puede discernir el amor verdadero del fingido, si no es ofreciéndose tal ocasión, que así como en el fuego se prueba cuál es el fino oro, así también en algún peligro se prueba cuál es el verdadero y fiel amor, y todos los demás indicios son comunes del verdadero y del fingido; con todo eso yo tengo este indicio por muy cierto para creer que me aman de veras y de corazón: que nuestra fortuna está tan postrada y la suya de ellos tan próspera y levantada, que no hay razón para haber de fingir amor. Pues de parte del que todo lo tiene en su mano, no veo que haya razón por qué haberme de recelar de cosa ninguna sino de ésta: que el día que la justicia padece quiebra y fuerza no hay cosa segura, ni puede nadie asegurar cosa ninguna cómo sucederá, cuando toda ella depende de ajena voluntad, ó, por mejor decir, antojo. Pero con todo eso hasta ahora yo no he hecho cosa por que deba quedar desabrida su voluntad. Pues en eso me he desvelado todo lo posible. Porque así como otro tiempo me parecía á mí que tocaba á mi obligación el hablar con libertad, pues con mi industria la ciudad estaba libre; así también ahora, perdida la libertad, entiendo que toca á mi obligación no decir cosa ninguna que ofenda la voluntad de César ó la de aquellos á quien él les tiene amor. Pero si quiero guardarme de usar de algunas cosas dichas aguda y discretamente, he de aconhortarme de perder toda la fama y nombre que tengo de avisado. Lo cual haría si estuviese en mi mano. Aunque el mismo César tiene muy agudo juicio. Y así como tu hermano Servio (el cual me parece á mí que fué de los más doctos que ha habido) dijera con facilidad: «este verso no es de Plauto, aquél es,» porque tenía ya el oído muy delicado en advertir y notar las diferencias de las poesías con el mucho uso de la li-

ción; así entiendo también que César, que tiene ya hecho un libro de muy agudos dichos, que llaman los Griegos *apotelesmas*, cuando le traen por mío algún hecho que no es mío, lo suele luego desechar, y tiene para ello ahora mejor comodidad porque casi de ordinario están conmigo sus más familiares amigos. Y como son largas nuestras conversaciones ofrécesenos tratar en ellas diferentes cosas, las cuales, cuando se las digo, les parecen por ventura cosas no nada rudas ni desabridamente dichas. De todo esto se le da noticia á César, como de todo lo demás que pasa, porque él lo tiene así mandado. De do procede que si fuera de esto le dicen de mí alguna cosa, no la quiere escuchar. Y así no tengo necesidad de valerme de aquel ejemplo que me traes del Enomao de Accio, aunque trujiste sus versos muy á propósito. Pero ¿qué malquerencia me puede redundar de allí á mí, ó en qué puede nadie tenerme envidia? Pero quiero que todo lo que tú temes suceda así. Yo veo que así lo entendieron los filósofos, los cuales solos me parece á mí que entienden el valor de la virtud. Que el hombre sabio no tiene obligación de asegurarse de otra cosa sino de no cometer culpa, de la cual me parece que carezco, por dos razones: la una es haber yo aconsejado lo que era lo mejor y más justo; la otra, el haber aconsejado que no pelcásemos á brazos con los más valientes, porque veía que no teníamos fuerzas bastantes para salir con nuestra intención. De manera que en lo que toca al hacer oficio de buen ciudadano, no tienen de qué darme culpa. Resta ahora el ver no se me escape necia y temerariamente alguna cosa de la boca ó no haga algo de que se ofendan los que tienen el poder. Esto me parece también que es hecho de hombre sabio. Pero estar en lo demás con recelo de qué es lo que cada

uno le dirá á César que yo he dicho, ó cómo lo tomará él, ó cuán fiel voluntad me tengan los que viven conmigo, los cuales continuamente me honran y tienen respeto, eso yo no lo puedo asegurar. De aquí procede que la buena conciencia de mis consejos pasados y el recato con que el día de hoy vivo me dan muy gran consuelo, y aquella comparación que tú me traes de Accio no solamente la aplico yo á la envidia, pero aun también á la fortuna, á la cual, por ser una cosa flaca y liviana, me parece á mí que un ánimo grave y valeroso le ha de resistir y hacer rostro como una firme roca á una ola frágil. Y pues están llenas las historias de los Griegos de ejemplos que nos dicen con cuánta paciencia en Atenas, y aun en Siracusa, hombres muy sabios sufrieron los reinos, y estando sus pueblos oprimidos con áspera servidumbre, ellos en cierta manera vivieron en libertad, ¿por qué no pretenderé yo también de poder conservar mi estado de esta misma manera, no desabriendo la voluntad de nadie, ni tampoco abatiendo mi autoridad?

Vengo ahora á tus burlas y donaires, pues tú me has alegado los versos de Enomao de Accio, y no por modo de la representación Atelana, como otro tiempo se solía hacer, sino por modo de representación de momo, como hoy día se hace (1). ¿Cuál popilio, ó qué real es ese que me escribes (2), ó qué platillo de salsa de queso? Esas poquedades aceptábalas yo hasta aquí con mi benignidad, pero ahora ya me he mudado de condición. Porque Hircio y Dolabela son mis discípulos en el bien decir y mis maestros en el darme bien de comer. Porque (si de todo lo que aquí pasa tenéis

(1) En la representación atelana la sátira era fina, en la de momo grosera.

(2) Se ignora lo que esto significa.

nuevas ahí) bien creo habrás entendido que yo los tengo en mi casa por convidados para hacer declamaciones (1), y ellos á mí en las tuyas para darme muy buenas comidas. Ni tienes para qué excusárteme con hacerme juramento que no tienes con qué convidarme. Porque si cuando tenías hacienda te hacía yo andar alerta cómo ahorrarias algunos provechuelos, ahora que veo que con tanta paciencia tomas el ver perderse tu hacienda, no has de hacer cuenta que tenerme por huésped es cobrar una deuda con posesiones apreciadas. Porque menor daño es el que se recibe por convidar á un amigo que el que por tomar aprecio del deudor (2). Aunque no te pido yo cenas tan costosas que los relieves de ellas valgan mucho. Yo me tendré por contento con que lo que fuere sea bueno y bien aparejado. Que ya yo me acuerdo de cuando me contabas de las comidas de casa de Famea. Vaya el negocio á mejor sazón: en lo demás vaya de la misma manera. Y si perseveras en convidarme á la cena de tu madre, también lo tomaré con paciencia. Porque quiero ver si tendrás ánimo para darme de cenar eso que me escribes, ó si osarás darme á comer un pulpo que sea como aquel Júpiter de color de bermellón (3). Yo te prometo que no has de osar ponerme esas foquedades. Porque antes que yo llegue á tu casa, llegará la fama de mi nueva vida y regalo, que te pondrá espanto. No tienes ya que poner tu es-

(1) Para aprender elocuencia.

(2) César mandó apreciar por arbitros el valor que los bienes tenían antes de la guerra ó para darlos en pago á los acreedores, ó para garantizar el crédito de los deudores, y a esto alude Cicerón.

(3) Estatua de Júpiter pintada de rojo que había en el Capitolio. Como el pulpo no es rojo, se cree que el color sería del guiso en que se presentara.

peranza en el agua miel, porque ya la he renunciado. Porque hasta aquí solíame yo contentar con tus aceitunas y longanizas. Pero ¿á qué fin todo esto, especialmente no sabiendo si tendre lugar de ir allá? Mas (no quiero espantarte) volvamos á nuestros platillos de salsa de queso. Sólo un gasto nuevo te echaré, que me habrás de tener caliente el baño; lo demás al uso acostumbrado, que lo de arriba burlando le he dicho. Lo que toca á la granja de Selicio lo has procurado con mucha diligencia y escrito con muy gracioso donaire. Y así hago cuenta de no hablar más en ello. Porque el lugar es harto deleitoso, pero es muy solitario. Ten salud.

XVII.

CICERÓN Á L. PAPIRIO PETO.

Año 707.

El más donoso hombre eres del mundo, que habiendo tú tenido por huésped á Balbo me preguntas á mí qué entiendo que ha de ser de esos pueblos y terminos (1), como si yo supiese algo que Balbo no lo sepa, ó como si yo alguna vez tengo noticia de algo no fuese por orden de él. Antes, si bien me quieres, avísame qué es lo que ha de ser de nosotros. Porque has tenido en tu casa persona de quien lo puedes ha-

(1) Refiérese sin duda al reparto de las tierras de la Campania decretado por César en su primer consulado. Peto tenía bienes en aquellas tierras.

Siendo Balbo íntimo amigo de César, conocía bien sus proyectos.

ber entendido, ora estando en buen seso, ora después de bien bebido (1). Pero yo, amigo Peto, no hago ya caso de todo eso; porque cuanto á lo primero, ya ha cuatro años casi que vivimos de gracia, si se puede decir vivir de gracia el sobrevivir á la República: demás de esto, porque me parece que entiendo lo que ha de suceder. Porque sucederá siempre lo que quisieren los que más pueden, y siempre podrán mas las armas. Contentémonos, pues, con lo que nos dejan. Y el que esto no puede tolerar había de procurar de morir. Ya andan repartiendo el término de Veya y tambien el de Capena. Este bien cerca está del término de Túsculo. Y con todo eso ningún temor tengo, sino que gozo de mi granja mientras puedo y deseo poder siempre gozarla. Y si no pudiere, pues yo hombre valeroso y filósofo tuve por bueno el vivir, no puedo dejar de amar á aquel que me hizo tan buena obra que no me quitó la vida. Porque César se ha enredado con tantos, que aunque desee que la República esté en el estado que él por ventura quiere y todos tenemos obligación de desear, con todo eso no lo puede remediar. Pero mucho me alargo, porque te escribo á tí. Mas ten esto por cierto: que no solamente yo, que no entro en sus consejos, pero ni aun el príncipe mismo, no sabe que es lo que ha de suceder. Porque nosotros estamos sujetos á el, y él á las necesidades. Y así ni él puede saber á qué le obligarán las necesidades, ni nosotros tampoco sus intentos. Hasta ahora no te he escrito nada de esto, no porque yo de mío sea perezoso, especialmente en el escribir, sino que, como no tenía cosa cierta, ni te quería poner en cuidado con mi perplejidad, ni tampoco darte con mis palabras ninguna seguridad. Pero decirte he una

(1) Porque el vino suelta la lengua y descubre los secretos.

cosa que es muy gran verdad: que yo hasta ahora no tengo entendido nada de ese peligro. Pero tú, conforme tu mucha sabiduría, has de desear lo mejor y considerar lo más dificultoso, y lo que sucediere tomarlo con paciencia. Ten salud.

XVIII.

CICERÓN A L. PAPIRIO PETO.

Año 707

Estando en mi granja Tusculana bien desocupado de negocios por haber enviado á mis discípulos (1) al recibimiento de su amigo (2) para que me pusiesen en gracia y amistad con él, recibí tu carta hecha una sal, por la cual he entendido que te parece bien esta mi determinación, que así como Dionisio el tirano, cuando lo echaron de Siracusa, dicen que puso en Corinto escuela de muchachos, así yo ahora, quitadas las audiencias y perdido el reino de la plaza, he comenzado como á tener escuela. ¿Qué quieres que te diga? no me desagrada este mi consejo, porque por esta vía alcanzo muchas cosas. Primeramente me apercibo de reparos para estos tiempos, que es una cosa que la habemos mucho menester. De qué manera sea esto, no te lo sabré decir. Sólo veo que no hallo consejo ni determinación de otro que la precie más que esta mía, sino que quieran decir que valiera más haberme muerto. Si fuera de enfermedad, yo lo con-

(1) Hircio y Dolabela, que aprendían con él oratoria.

(2) Julio César.

fieso; pero no me acaeció enfermar. En la batalla no me hallé presente. Todos los demás, Pompeyo, tu amigo Léntulo, Scipión y Afranio, vilmente perecieron (1). Pero Catón pereció ilustremente. Esa manera de muerte en nuestra mano está tomarla cuando quiéremos; solamente procuremos que no nos fuerce á ello la necesidad, como á él lo forzó, lo cual ya lo procuramos. Esto, pues, es lo primero que yo alcanzo. Lo segundo es que yo me hallo mejor, primeramente en la salud corporal, la cual tenía estragada con la falta del ejercicio; demás de esto, aquella facilidad de bien decir, si en mí alguna había, toda se me hubiera secado si no me hubiera dado á estos ejercicios. Lo último de todo es lo que yo pienso que tú tendrás por primero y principal, que tengo yo ya comidos más pavones que tú palominos. Tú date ahí buen placer con los potajes de Aterio, que yo me lo daré aquí con los de Hircio. Acude, pues, si eres hombre de valor, y entenderás los principios que me preguntas, aunque será querer enseñar el galápago al águila volar. Pero pues no has podido vender (según veo) las granjas que tomaste en precio, ni hendir tu bolsa de dinero, forzado te será volverte á Roma. Más te vale morir aquí de indigestión que ahí de hambre. Yo entiendo que has perdido la hacienda y creo que también la han perdido esos tus amigos. Perdido eres, pues, si no miras por tí. Puédeste volver á Roma en ese mulo que dices que te ha quedado, pues el cuartago te lo has

(1) Pompeyo murió asesinado en Egipto; Publio Léntulo estrangulado en la prisión por orden de Ptolomeo; Q. Metelo Scipión al huir hacia España naufragó en la costa de África, y al oír que sus enemigos preguntaban ¿Dónde está el general? contestó: «Esta seguro,» y se suicidó. Afranio, hecho prisionero en la huida a Mauritania, pereció asesinado durante un motin de la soldadesca.

comido. Pondremoste una silla en la escuela cerca de la mía, como á bachiller, y tras de ella una almohada de estrado. Ten salud.

XIX.

CICERÓN A L. PAPIRIO PETO.

Año 707.

No dejas de tirar la piedra y esconder la mano con malicia. Escríbesme que Balbo se ha tenido por contento con un muy pequeño aparato. Paréceme que me quieres dar á entender que pues los reyes son tan comedidos, es razón que lo seamos más los consulares. Pues no sabes tú cómo yo lo he todo descosido á Balbo, y cómo cuando entró por la puerta de Roma se vino derecho á mi casa. No me maravillé de que viniese más á mi casa que á la tuya; pero maravilléme de cómo no acertó á ir á la suya. Yo á las primeras tres palabras le pregunté: ¿Que hace nuestro amigo Peto? Él me hizo juramento que en toda su vida había sido hospedado más á su gusto. Si esto ha sucedido por las buenas y dulces conversaciones, tan limpios oídos llevaré yo á tu casa como él; y si lo dijo por las buenas viandas, yo te ruego que no hagas más fiesta á los balbos que á los bien hablados (1). A mí me tienen impedido aquí los negocios que me suceden unos de otros. Pero si de ellos pudiere desarrebol verme para poder ir á esas partes, haré que no te quejes de que te habré dado tarde el aviso Ten salud.

(1) Balbo significa tartamudo ó balbuciente.

XX.

CICERÓN Á PETO.

Año 707.

Dos maneras de contento he recibido con tu carta: el uno ha sido el haberme tú dado que reir, y el otro el entender que ya estás bien dispuesto para poderte tú también reir. No me pesa de que, como á truhán de poco, me hayas cargado de manzanas. De lo que me pesa es de no haber podido ir á esas partes como tenía determinado. Porque hubieras tenido en mí no huésped, sino compañero de camarada. ¿Y qué hombre piensas? no el que tú solías hartar de agua de miel. Hambre aguda traigo hasta comenzar por los huevos (1); tanto que pasa ya el negocio hasta la ternera asada. Aquellas alabanzas que tú solías decir de mí, ¡oh el benigno hombre! ¡oh el fácil huésped! ya son todas idas. Porque todo el cuidado que yo tenía de la República, todos los ratos que empleaba en considerar cómo había de decir mi parecer en el Senado, toda la curiosidad que ponía en el defender los pleitos, ya la he despedido. Ya me he pasado al bando de nuestro enemigo Epicuro, aunque no tan desenfrenadamente como hoy día se usa, sino conforme á aquella tu policía; hablo de aquella antigua, de cuando tenías que gastar. Aunque nunca tantas heredades has tenido. Por eso apercíbete: que las has de haber con

(1) Los Romanos empezaban las comidas con huevos y las terminaban con manzanas.

un hombre glotón, y que ya ha dado en la cuenta del saber. Porque ya sabes cuán extremados son los que aprenden tarde. No te cumple ya hacer cuenta de las esportillas y hojaldres. Yo tengo ya tanto recogido de las eras, que oso convidar muchas veces á tu amigo Vèrrio y á Camilo, hombres tan delicados y melindrosos como tú sabes. Y mira hasta dónde ha llegado mi atrevimiento. Aun á Hircio le he dado una cena, aunque sin pavón. En la cual mi cocinero ninguna cosa supo remedar de las de Hircio (1), sino sólo el caldo caliente. De esta manera, pues, pasamos la vida. Por la mañana visito en sus propias casas á muchos de los buenos, los cuales hallo tristes; y también á estos victoriosos alegres; los cuales me tienen mucho respeto, y usan conmigo de muchos y amorosos cumplimientos. Cuando ya ha parado la corriente de las visitas, enciérrome en mi librería y allí ó escribo ó leo. Vienen también á mi casa muchos á oírme como á hombre docto, porque se un poquillo más que no ellos. Despues todo el tiempo que me queda lo empleo en tener cuidado de mi cuerpo y salud. La caída de la República ya yo la he llorado mas que ninguna madre á un hijo único. Pero por amor de mí que procures de estar bueno; porque no me coma yo tu hacienda estándote tú en la cama. Porque estoy determinado de no perdonarte aunque estés enfermo. Ten salud.

(1) De las del cocinero de Hircio.

XXI.

CICERÓN A PETO.

No consta el año.

¿Díceslo de veras que te parece que eres loco en querer remedar aquellos rayos de mis palabras, como tú dices? Verdad fuera eso, si no pudieras tú salir con tu intento y alcanzarlos; pero pues me haces ventaja en ellos, no puedes mofar de tí sin que primero mofes de mí. Y así no tienes para qué citarme aquel lugar de Trabea (1) que más es en mi perjuicio. Pero ¿qué te parece de mi estilo en el escribir las cartas? ¿No te parece que las escribo en lenguaje común y popular? porque no todas las cosas se han de escribir de una misma manera. Porque ¿qué tiene que ver la carta con las oraciones que hacemos en las audiencias ó en los concejos? Y aun las mismas oraciones de las audiencias no las tratamos siempre de una misma manera. Los negocios particulares y de poca calidad tratámoslos con un modo de decir más sutil; y las causas criminales en que va la vida ó la honra, con mayor aparato y gravedad. Pero las cartas solémoslas escribir por el vulgar y ordinario modo de hablar. Pero, amigo Peto, ¿que te movió á decir que nunca hubo Papirio que no fuese plebeyo? Porque muchos de ellos fueron patricios de las menores familias; de los cuales el primero y principal fue Lucio Papirio Mugilano, que fué censor con Lucio Sempronio Atra-

(1) Trabeas era un poeta cómico de poca fama.

tino, con el cual ya antes había sido cónsul el año 312 de la fundación de Roma. Pero entonces os llamábades Papisios. Después de éste hubo trece que tuvieron magistrados mayores, antes de Lucio Papirio Craso, que fué el primero que se dejó de llamar Papisio. Este fué electo dictador con el maestro de campo Lucio Papirio Cursor, el año 415 de la fundación de Roma, y cuatro años después fué cónsul con Cayo Duilio. Tras de éste lo fué Papirio Cursor, hombre de mucha estofa y valor: y tras de él Lucio Masón, que no tuvo otro cargo más que ser fiel, del cual procedieron muchos que se llamaron Masones, cuyas estatuas, con las de los demás que fueron patricios, quiero que las tengas en tu casa. Tras de éstos vinieron los que se llamaron Carbones y Turdos. Fueron todos plebeyos; de los cuales me parece que no debes hacer caso. Porque del linaje de los Carbones no ha habido ciudadano útil á la República, salvo aquel Cayo Carbón á quien mató Damasipo. Ya sabemos conocido á Cneo Carbón y á su hermano, el chocarrero, que fueron los dos más malos hombres que ha habido. No quiero decir nada de este mi amigo, hijo de Rubria. Tuvo tres hermanos, Cayo, Cneo y Marco. Marco fué condenado por hombre que había hecho grandes robos en Sicilia, cuyo acusador fué Publio Flaco: Cayo, por librarse del proceso que le hacía Lucio Craso, se dice que se mató con ponzoña. Este fue un tribuno del pueblo gran revolvedor, y se tiene por cierto que se halló en matar á Scipión Africano. Pues este que nuestro amigo Pompeyo mató en en Lilibeo, fué el mayor bellaco del mundo, á mi parecer. Pues su padre, en el proceso que Marco Antonio le hizo, se cree que fué absuelto con tinta de zapateros. Y así, me parece que te vale más arrimarte á los patricios. Pues ves cuán ruin gente han sido los plebeyos. Ten salud,

XXII.

CICERÓN Á PETO.

No consta el año.

Bien me agrada la honestidad, ó por mejor decir la libertad en el hablar. Porque de este parecer fué Zenón (1), que fué un hombre realmente agudo; aunque nuestros Académicos tienen con él grandes debates. Pero (como tengo dicho) los Estoicos son de opinión que cada cosa se ha de nombrar por su nombre propio. Pues dicen que en el hablar no hay cosa deshonesta ni fea. Porque si vicio hay en el hablar de deshonestidad, ó está en la cosa que se dice, ó en el termino por donde se dice, pues fuera de esto no hay donde esté. En la cosa no está. Pues no solamente en las comedias se dicen cosas deshonestas, como poco ha lo vimos en la comedia *Demiurgo* (2) (y por ventura sabes el paso, y se te acuerda del representante Roscio), donde decía aquél: *así me dejó aquí, cual veis, desnudo...* el cual lugar en el modo del decir va bien encubierto, mas en la cosa es algo deshonesto; pero aun tambien en las tragedias. Así se ve en aquel paso

Una sola mujer tuvo osadía
De haber doblada cama y dos maridos.

Y en aquel otro:

¿Cómo tuvo tan grande atrevimiento
De hacer traicion al lecho de Fereo?

(1) El jefe de los Estoicos.

(2) Comedia de Turpilio.

Y en aquel otro:

Siéndome yo doncella recatada,
Me dejó con su fuerza violada.

Mira cómo dice violada: pudiera usar de otro vocablo que significara lo mismo; pero ninguno le sufriera hablar por aquel término. Mira, pues, cómo aunque en la cosa es todo uno, por ser diferente el término no parece cosa deshonesta. De manera que en la cosa no está la fealdad; pues mucho menos estará en el vocablo. Porque si la cosa significada por el vocablo no es deshonesto, tampoco lo puede ser el vocablo y término que la significa. Por decir el culo dices el asiento: ¿por qué no nombras la cosa por su propio término? Porque si fea cosa es, no se ha de nombrar ni aun con vocablo ajeno; y si no lo es, mejor es nombrarla con el suyo propio. Los antiguos Latinos llamaban á la cola *penem*; y de allí el pincel se llama *penicillus*, por la semejanza. Y hoy día *penis* en latín es vocablo deshonesto. Y Lucio Pisón, aquel que tuvo por sobrenombre el Bueno, en sus *Anales* se queja de, que la gente moza se daba demasiadamente al uso del *pene*. Y lo que tú en tu carta nombras por su propio nombre, él, más encubiertamente, lo llama *penem*. Pero como ya muchos se dieron á nombrarlo por aquel término, ha venido á parecer tan deshonesto como el vocablo de que tú usas en tu carta. Y cuando decimos comúnmente en latín *Cum nos te volumus continere*, ¿parecete que aquel juntar de vocablo *cum nos* es cosa deshonesto? Acuérdomé que un hombre muy avisado y consular, hablando un día en el Senado dijo estas palabras latinas: *¿Hanc culpam majorem, an illam dicam?* ¿Parecete que podía un hombre hablar en latín más deshonestamente, que fué decir *anillam*? Dirasmé: no lo dijo el á ese sentido. Luego ya no está la fealdad en el vocablo. Y he probado que tampoco

está en la cosa. Luego no hay deshonestidad en el hablar. *Entender en haber hijos*, ¿cuán honestamente se dice? y aun los padres ruegan á sus hijos que se empleen en haber hijos, y no osan decir qué nombre tiene el acto de ello. A Sócrates le enseñó á tañer un músico muy afamado que tenía por nombre *Conno*: ¿párecete que era el nombre deshonesto? Cuando decimos en latín *terni* no hablamos deshonestamente; mas si decimos *bini* decimos una cosa deshonesta. Dirásme: eso es verdad hablando en griego. Luego el vocablo de suyo no es feo; pues yo, entendiendo griego, te digo á tí, que también lo entiendes, *bini*: y tú lo tomas como si yo lo hubiera dicho en griego y no en latín. *Ruta* y *menta* buenos terminos son en latín. Y si quiero usar del diminutivo de *menta*, como uso del de *ruta*, diciendo *rutula*, no es lícito. Si quieres decir *bella lectoriola*, dirás bien en latín; y si quieres tomar á proporción de aquello el diminutivo de *pavimenta*, vendrás á decir una cosa deshonesta. Ya ves, pues, cómo todas estas cosas son niñerías, y que ni en el vocablo hay deshonestidad, ni en la cosa tampoco; y así en ninguna parte la hay. Y aun en las palabras honestas ponemos cosas deshonestas. ¿No te parecé que *abrir* es vocablo honesto? pues en aquello se encierra una cosa deshonesta. correspondiente á la que se dice en latín *intercapedo*. ¿Párecete, pues, que estos términos de decir son deshonestos? También es donosa nuestra costumbre en el hablar. Para decir: *aquel le torció el cuello á su padre*, no hacemos salva de perdón. Y si se nos ofrece decir algo de alguna cortesana como Aurelia ó Lólia, decimos: *hablando con debido acatamiento*. Y aun los vocablos que de suyo no son deshonestos, los hacen deshonestos: *batuere* dicen que se dice torpemente, y más torpe *depsere*. Y ninguno de estos dos vocablos es deshonesto. Todo el mundo

está lleno de necios. Este vocablo *testes*, en el audien-
cia, es vocablo honesto: fuera de allí no lo es mucho.
Y quien dice *Colei Lanuvini*, habla honestamente; mas
quien dice *colei Cliternini* no guarda honestidad en el
término. ¿Que diras? una misma cosa á veces es ho-
nesta y á veces deshonesta. *Suppedil*, vocablo feo es
para acá de fuera: dicho de uno que esté desnudo en
el baño, no lo tomará nadie á mal ni le parecerá feo.
Yo te he dicho la opinión de los Estoicos. Pero el
hombre sabio siempre guardará honestidad en sus
palabras. ¿Ves qué de materia me ha dado que decir
sola una palabra de tu carta? Me huelgo mucho que
trates conmigo toda cosa con mucha libertad. Pero
yo siempre en mis palabras guardo y guardaré aque-
lla honestidad y vergüenza de Platón; porque así lo
tengo de costumbre. Y así te he escrito por palabras
cifradas lo que los Estoicos dicen por sus propios
nombres. Pero ellos son gente terrible, pues dicen
que los pedos han de tener tanta libertad como los
regüeldos. Tengamos, pues, respeto y reverencia á
que estamos en las calendas de marzo (1). Procura de
amarme y de tener salud.

XXIII.

CICERÓN Á PAPIRIO PETO.

Año 707.

Ayer llegué á mi granja de Cumas: mañana por
ventura seré ahí contigo. Pero en tener de ello cer-
tidumbre, te daré de ello aviso un pöco antes. Aunque

(1) Dia consagrado á Juno por las matronas romanas

Marco Cepario, topándose conmigo en el monte Gallinero (1) y preguntándole yo en qué entendías, me dijo que estabas en la cama, preso de la gota. De lo cual recibí mucha pena, como tenía obligación; pero con todo eso he determinado de ir á tu casa por verte y visitarte y ser también tu convidado. Porque no entiendo que tengas también gotoso el cocinero. Aguarda, pues, á un huésped que ni es muy gran comedor, ni amigo tampoco de cenas muy costosas. Ten salud.

XXIV.

CICERÓN Á PETO.

Año 710.

A ese tu amigo Rúfo (2), en cuyo favor me has escrito ya segunda vez, yo le valiera en todo lo que á mí me fuera posible, aunque él me hubiera hecho algún notable agravio, viendo cuán eucarescidamente tú haces por él. Cuanto más, entendiendo yo por tu carta y por la que él me escribe, y teniéndolo así por cierto, que él ha tenido mucha cuenta con avisarme y librarme de un grave peligro, tengo obligación de serle buen amigo; no solamente porque tú me lo encomiendas, aunque esto para conmigo es de mucha importancia, como es razón que lo sea, pero aun tam-

(1) Bosque situado en la Campania entre las embocaduras del Volturno y del Lirerno.

(2) Se ignora quién fuese, y sólo por esta carta se sabe el gran servicio que prestó á Cicerón.

bién de mi propio motivo y voluntad. Porque yo te certifico, amigo Peto, que el principio de mi sospecha y tener cuenta con guardar mi persona con mucha diligencia, fué tu carta; con la cual conformaron después otras que otras gentes me escribieron. Porque en Aquino, y también en Fabrateria, ciertas gentes tuvieron consultas para haberme de matar, de lo cual yo veo que tuviste algún indicio, y como si ellos adivinaran cuán contrario les había yo de ser, así no trataron de otro sino de cómo me derribarían. Y como yo de tal traición no me recelaba, hubiera realmente dado en ella con descuido, si tú no me hubieras avisado. De manera que ese tu amigo para conmigo no tiene necesidad de carta de favor. Plega á Dios que la ventura de la República sea tal, que el pueda entender por la obra cuan bien agradecido amigo soy. Pero cuanto á esto baste lo dicho.

Mucho me pesa de que te hayas retirado de ir á los convites. Porque te has privado de un deleite y contento muy grande. Demas de esto (á decirte la verdad), temo que se te olvidará aquella poquilla liberalidad de que solías usar, y no sabrás volver á darnos aquellas cenillas que solías. Porque si cuando tenías buenos maestros á quien imitar ne pasabas en esto muy adelante, ¿qué creere yo que harás ahora? Espurina (1), dándole yo noticia de esto, y declarándole tu pasada manera de vivir, me ha dado por respuesta que dicen los agüeros que toda la República tiene grave peligro si al primer viento que corra de Poniente no te volvieres a tu pasada costumbre; porque ahora que hace frío se te podía sufrir, si acaso tú no puedes sufrir el frío. Pero dejados aparte donaires, yo

(1) Espurina advirtió á César que desconfiara de los idus de marzo: el día en que este fué asesinado.

realmente, amigo Peto, te aconsejo, como cosa que entiendo que hace mucho al caso para vivir una vida bienaventurada, que huelgues de vivir en el trato y conversación de hombres que sean personas de virtud y de apacible conversación, y te tengan afición. Porque esta es la cosa más conveniente para la vida y que más hace al caso para alcanzar la suma felicidad. Y no lo enderezo yo esto al deleite del cuerpo, sino al buen trato de la vida y del mantenimiento, y al entretenimiento de los ánimos, que consiste particularmente en las buenas conversaciones de los amigos, que es lo que más da gusto en los convites: y así me parece que nuestros antepasados fueron más sabios en poner nombre á los convites, que los Griegos; porque los Griegos los llaman *symposia* ó *syndipna*, tomando el nombre del beber y del comer en compañía; pero nosotros, en latín llamámoslos *convivia*, porque aquél es de veras vivir en conversación y compañía. Mira cómo procuro de tornarte á la costumbre de tus cenas, tratando filosofías. Ten mucha cuenta con tu salud. La cual alcanzarás muy fácilmente saliendo á comer fuera de tu casa. Pero si bien me quieres, no entiendas que por escribirte donaires estoy descuidado de lo que toca á la República. Ten por cierto, amigo Peto, que de día y de noche no pienso en otra cosa, ni procuro otra cosa, sino ver cómo se conservarán bien mis ciudadanos en su honra y libertad. Porque en todo lo que se ofrece no dejo de aconsejar hacer y apereibir lo que entiendo que conviene. Y, en fin, tengo este brío, que si en este cuidado y administración se me ofreciere perder la vida, la daré por muy bien empleada. Ten cuenta con tu salud con mucha diligencia.

XXV.

CICERÓN Á PETO.

Año 703.

Tu carta me ha hecho ser un muy grande capitán. Realmente que yo no sabía que tú eras tan hábil en las cosas de la guerra. Yo creo que has leído los libros de Pirro y los de Cineas. Y así pienso tomar tus consejos; y aun demás de esto tener algunas galeras en la costa, porque dicen que contra la caballería de los Partos no se puede hallar mejor reparo. ¿Pero qué es menester donaires? Tú no sabes bien con qué emperador las has. Toda la (1) *Pedía de Ciro*, que á poder de leerla la había molido, la he puesto en práctica en este mi imperio. Pero tiempo nos quedará para tratar de burlas, lo cual confío que será muy presto. Ahora apercíbete para ser mandado, ó por mejor decir para hacer lo que te mando; porque de aquella manera hablaban los antiguos.

Ya creo sabes cuán grande amigo mío es Marco Fabio, al cual lo quiero mucho, así por su mucha bondad y singular comedimiento, como también porque me ayuda mucho en las contiendas que se me ofrecen con tus amigos y convidados los filósofos epicúreos. Este, habiéndose venido á estarse conmigo en Laodicea, y deseando yo que él quedase allí en mi compañía, repentinamente recibió una mala nueva

(1) Esto es, todo el libro de la institución de Ciro, escrito por Jenofonte,

por una carta, en que le escribían que su hermano Quinto Fabio hacía pregonar la granja Herculanaense, cuyo señorío es juntamente de los dos hermanos, para haberla de vender. Halo sentido esto en el alma Marco Fabio, teniendo por cierto que como su hermano no es hombre muy avisado, ha hecho eso por orden é importunación de sus enemigos. Yo te ruego, amigo Peto, por el amor que me tienes, que tomes este negocio á tu cargo, y libres á Fabio de esta pesadilla. Impórtanos mucho que se atravesase de por medio tu autoridad, consejo y favor. No consientas que dos hermanos traigan pleito, ni anden litigando en pretensiones no honestas. Matón y Polión son enemigos de Fabio. No es menester gastar razones; que no te sabría encarecer con palabras cuán gran placer me harás si libras á Fabio de esta pena. Él entiende que está en tu mano, y á mí me lo hace creer así. Ten salud.

XXVI.

CICERÓN Á PETO.

Año 707.

A las tres horas de la tarde, estando sobremesa, dicté estos renglones en un billete para enviártelos. Dirásme: ¿en dónde? En casa de Volumnio Eutranelo, teniendo á la mano derecha á Ático, y á la izquierda á Verrio, grandes amigos tuyos. Maravillarte has de que aquella mi autoridad se haya tanto dado al regocijo. ¿Qué haré, pues? Aconséjame tú que oyes á un filósofo. ¿Heme de afligir? ¿Heme de atormentar? ¿Qué

sacaré de ello? ¿Y hasta cuándo ha de durar eso? Dirásme: retírate á tus estudios. ¿Pues qué otra cosa piensas tú que hago? No podría vivir si no fuese por las letras. Mas hay también en ellas no hastío, pero cierta tasa y término. Y cuando de ellas aparto la mano, aunque no hallo mucho contento en los convites, que es la petición que tú le hiciste al filósofo Dión; con todo eso no hallo otra cosa en qué emplearme hasta que me voy á dormir. Oye, pues, lo demás. Citeris estuvo sentada (1) más bajo de Eutrabelo. Bien creo dirás: ¿y en ese convite se halló Cicerón? ¿aquel en quien todos ponían sus ojos? ¿por cuyo respeto abajaban los Griegos sus cabezas? (2). No creí realmente que ella cenara allí; pero ni aquel Aristipo discípulo de Sócrates no se corrió, aunque le dijeron por manera de baldón que tenía por amiga á Laide; sino que respondió con buen donaire, diciendo: «Verdad es que tengo á Laide, pero no soy siervo de Laide.» Lo cual se dice en griego con más gracia. Pero tú intérpreta, si te pareciere. Aunque á mí ni aun siendo mozo ninguna cosa de esas me dió pena, cuanto más ahora que ya soy viejo. Huélgome en el convite. Siempre digo allí algún donaire, aunque caiga, como vulgarmente dicen, en el suelo; y trueco en risas mis suspiros. ¿Párecete que es mejor lo que tú haces, que mófaste de aquel pobre filósofo, cuando habiendo él propuesto si había quien le pidiese algo, respondiste tú que desde la mañana hasta la tarde le pedías una cena? El otro necio pensaba que tú le habías de pedir si había no más de un cielo, ó si eran infinitos. ¿Qué se te da á tí de eso? Pero de la cena dásete; especialmente

(1) Cicerón dice echada ó recostada, que es postura de meretriz. Sólo las mujeres honradas sentábanse á la mesa.

(2) Versos de la tragedia de Ennio titulada *Teiamón*.

si la has de recibir, y no dar. De esta manera pasamos la vida: cada día leo algo ó escribo; después, por emplear algun rato en servicio de los amigos, cómo con ellos, no solamente no excediendo la tasa de la ley, si ley hay hoy día alguna, pero aun gastando algo menos de lo que permite la ley. De manera que no tienes por qué tener miedo á mi venida. Porque tendrás un huésped que se contentará con poco de comer, y te dará mucho que reir. Ten salud.
